

“

lugares
generalmente
distantes

Por Carmelo Jordá

introducción

Siempre he pensado que había demasiados libros en el mundo y que añadir uno mío a esa profusión era completamente innecesario. Pero aquí estamos, querido lector, y usted tiene un ejemplar de *Lugares Generalmente Distantes* en sus manos -cosa que le agradezco en el alma- así que quizá sea pertinente aclarar qué ha pasado, qué me ha hecho cambiar de idea. Podría decir que han sido las ansias de gloria y dinero, pero los dos sabemos que esto no es cierto, sobre todo lo referente al dinero, pues aquello de que “escribir en España es llorar” sigue siendo un poco cierto, aunque la frase al parecer sea falsa. No, no ha sido por hacerme rico ni por la improbable gloria, así que la única explicación que encuentro es que, de alguna forma, llegó un día en el que necesitaba hacerlo y lo hice abrazando la primera excusa peregrina que encontré.

Y, como se dice ahora por las redes sociales, lo que ocurrió a continuación le sorprenderá, como me sorprendió a mí: lo que nació como una idea insólita pronto se convirtió en un reto y más tarde en una fuente de forzado placer diario. He disfrutado con casi todas las páginas de este libro -con algunas no tanto, pero no le diré cuáles son, aunque quizá usted solito las descubra- y también con la tarea de pensarlo, medirlo y ejecutarlo. Si eso no hubiese sido bastante pago por el tiempo que le he dedicado a este volumen en el que usted se está adentrando, a esos primeros

disfrutes se han sumado después el de editarlo -gracias a Anaya Touring por ello y por la confianza que han depositado en esta aventura- y, finalmente, ya no es disfrute sino más bien gozo desatado, que usted lo lea y, muy especialmente, que haya pagado el módico precio que marca la cubierta. Sí, reconozco que pese a no haber escrito por el dinero esto último me produce un placer singular, qué le vamos a hacer, así somos los materialistas y no está la cosa como no agradecer que usted haya contribuido a hacer de este pobre periodista un periodista un poco menos pobre.

Hecha esta primera aclaración pasaré a una segunda quizá más importante: todo lo que va usted a leer en las páginas de *Lugares Generalmente Distantes* es cierto y todo ocurrió tal y como se lo cuento. O al menos así lo recuerdo yo, que es el nivel de verdad más profundo al que un humilde escritor puede aspirar. Confieso que he consultado nombres que se habían difuminado con el paso de los años y he comprobado también que algunas cosas estaban donde el *gepeese* de mi memoria las ubicaba, con resultados casi siempre satisfactorios. También he repasado mis fotos, algunas ahora también a su disposición y disfrute, pero la mayor parte de lo que leerá estaba simplemente ahí, en algún rincón de mi atribulada cabeza esperando que me pasase a recogerlo. La verdad es que no me sentía muy capaz de encontrarlas todas, pero mi memoria desordenada

ha respondido bien, como cuando entras al viejo trastero de una casa de pueblo buscando algo y acabas hallando inesperadas sorpresas que tú mismo habías dejado allí, precisamente, para darte con ellas en el futuro, así como por casualidad.

Me imagino, por último, que usted se preguntará por la arbitraria selección de destinos que forman estos *Lugares Generalmente Distantes*. Le responderé, se haya hecho o no la pregunta, que no he escrito sobre los países o las ciudades que más me han gustado en mis viajes -aunque obviamente varios de ellos están entre mis favoritos- ni de los que mejor he conocido: en este libro están los sitios que han pedido más fuerte estar, aquellos de los que he sentido más necesidad de escribir, sin preocuparme de que la selección fuese representativa, razonable o variada, ni de que formasen un conjunto coherente, aunque al final creo que sí lo son, un poco a su modo. De forma implícita y en absoluto premeditada, probablemente esta lista refleja una forma de viajar y de entender el viaje que quiero pensar que es parte de lo que este libro le puede decir o de lo que me puede decir a mí mismo: que no importa lo trillado que esté el camino o lo conocido que sea un destino o lo repleto de turistas que esté a nuestra llegada, nada de eso es sustancial si somos capaces de adentrarnos en él como si fuéramos los primeros en hacerlo y si lo hacemos como si estuviésemos solos. En fin, que en todo viaje hay descubrimiento y asombro si viajamos bien, si ponemos todo de nuestra parte para encontrarlos.

Incluso en lo más cercano, en nuestra propia ciudad, podemos encontrar ese viaje, esa sorpresa y ese placer que supone desplazarse a lugares que generalmente son distantes, pero que como admite la RAE con ese adverbio, no siempre lo son. Por eso he querido escribir, o he tenido que escribir, de Madrid, mi Madrid, una

ciudad maravillosa que me apetecía reivindicar, con toda modestia. O mejor dicho: que me gustaría que todo el mundo, o al menos usted querido lector, viese tan hermosa como la veo yo. Y sí, he dicho hermosa y no interesante, divertida o acogedora, porque creo que lo es, como es esas otras cosas y muchas más, pero quizá los madrileños estamos tan acostumbrados a ella que nos acordamos mucho menos de su belleza. Si cuando termina de leer este libro usted está un poco más de acuerdo con esto me daré más que por satisfecho como autor. Bueno, con eso y con su paso previo por caja, ya se lo he dicho e insisto: ha hecho usted toda una obra de caridad, así que no olvide comentárselo a San Pedro llegado el día.

Por último, y ahora sí que de verdad voy terminando, en mi vanidad de autor o en mi carácter de culpable de este volumen que tiene en sus manos me gustaría que usted lo leyese con atención, empezando por el principio y acabando por el final, parándose en todas y cada una de las imágenes y disfrutando de ellas, casi diría que con cariño o, al menos, con un poco de compasión, pero no voy a ser tan pretencioso como para darle instrucciones y menos aún órdenes: lea usted como quiera, mire lo que le de la gana y saque las conclusiones que le apetezca, que para eso ha pagado y a partir de ahora es usted el dueño de su relación con estas páginas. Yo he llegado hasta esta orilla y aquí le dejo y me despido, más allá estará usted a solas con El Viajero. Gracias por embarcarse y que la ruta le sea de provecho. •

Carmelo Jordá



índice

Irlanda	10
Egipto	30
La carretera	50
Jerusalén	64
Nueva York	84
La mesa	108
Roma	122
Berlín	142
La fotografía	160
Estambul	172
Madrid	192

